

Primera edición: septiembre de 2013

© Julia T. López

© Ediciones Carena

c/ Alpens 8

08014 Barcelona

Tel 934 310 283

www.edicionescarena.org

carena@edicionescarena.org

Diseño de portada: Davinia Martín

Ilustración de portada: Goretti Pérez

Corrección y maquetación: Alba Marco

Depósito legal: B. 20464/2013

ISBN: 978-84-15681-68-7

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público.

Los amables extraños

Julia T. López

*Voici plus de mille ans que la triste Ophélie
passe, fantôme blanc, sur le long fleuve noir.
Voici plus de mille ans que sa douce folie
murmure sa romance à la brise du soir.*

Arthur Rimbaud

ÍNDICE

La llegada.	Primera parte 11
Blue Piano.	Segunda parte 107
¿Podría ser, tú y yo?	Tercera parte 199
Así el deseo.	Cuarta parte 275
La inflexión del horizonte.	Quinta parte 371
Nada como antes.	Sexta parte 487

LA LLEGADA

Primera parte

*La encina, que conserva más un rayo
de sol que todo un mes de primavera,
no siente lo espontáneo de su sombra,
la sencillez del crecimiento; apenas
si conoce el terreno en que ha brotado.
Con ese viento que en sus ramas deja
lo que no tiene música, imagina
para sus sueños una gran meseta.
Y con qué rapidez se identifica
con el paisaje, con el alma entera.*

Claudio Rodríguez

El paisaje quemado por el sol avanzaba con rapidez y las encinas que flanqueaban la estrecha carretera parecían correr en dirección contraria. No se veía ni un alma en aquella dehesa amarillenta que apenas podía respirar el fuego de mediodía. Ni siquiera los pájaros se atrevían a salir de su escondite de hojas. Una lagartija cruzó la calzada como una flecha.

Hacía ya diez minutos que Sara había tomado la desviación pero aún no había logrado distinguir una sola casa, ni siquiera en la lejanía. Tal vez se hubiera equivocado, aunque estaba segura de haber entendido correctamente las indicaciones de su padre. Los carteles apostados junto a la autovía habían señalado aquella comarcal que avanzaba hacia un par de colinas dibujadas en el horizonte. Rodeó el perímetro de una de ellas hasta que divisó un enorme pantano. Al acercarse, su superficie se transformó en una bandeja de estaño que reflejaba los rayos del sol. Las orillas eran pendientes de fango reseco.

Sobre el pantano, como continuación de la carretera, se extendía un puente de metal cuyo suelo calado dejaba distinguir espacios de agua bajo las ruedas. A Sara le pareció un paisaje recio y brillante, demasiado caluroso para estar habitado. Se tranquilizó al recordar que su padre le había hablado de aquel pantano como de uno de los lugares de referencia situados en la ruta. Le explicó que, después de una encarnizada batalla legal con los expropiados de la zona, había sepultado dos pequeñas aldeas, cincuenta años atrás. Algunas veces, sobre todo en el estío, cuando el nivel del agua descendía en exceso por la sequía, quedaba al descubierto la torre decrepita de una vieja iglesia y se escuchaba el sordo bamboleo de la campana, que se mecía tristemente entre el aire y el agua. Entonces los agricultores miraban al cielo y se santiguaban para ahuyentar los presagios de otro año seco y yermo.

Sara había dejado atrás aquel oasis para iniciar una subida sinuosa por la ladera de otra colina. La mancha azul iba quedando a su espalda hasta que desapareció tras un recodo. Llegó a la cima, donde se levantaba un pueblo de casas de piedra y cemento encalado.

Una espesa capa de polvo cubría el coche, que llevaba las ventanillas cerradas para no perder el frescor del aire acondicionado. Estaba sonando en el casete una canción de Al Jolson.

Después de callejear durante un rato sin divisar a nadie bajo la solanera llegó hasta la plaza principal del pueblo. Detuvo el coche frente a la puerta del único bar abierto a aquella hora de fuego y se bajó sin quitar siquiera la llave de contacto, ni disminuir el volumen de la radio.

En el silencio de la sobremesa se escuchaba, ensordecida, la melodía extemporánea de Jolson.

Atravesó una cortina de cuentas rojas que separaba la calle de las sombras más frescas del local. Olía a vino, a patatas fritas y a café. Durante un momento quedó cegada por la penumbra hasta que sus ojos se fueron acostumbrando a la silueta alargada de un camarero que la observaba desde detrás de la barra. Mordía con avidez un palillo mientras, frente a él, otros dos individuos bebían coñac y fumaban con ese gesto tranquilo de quienes no tienen demasiadas cosas que hacer. Giraron la cabeza hacia la desconocida, que se acercó con una expresión amigable.

-Perdonen, estoy buscando el número tres de la calle Peral.

Se dirigió primero al camarero que, antes de contestar, le lanzó una mellada sonrisa. El palillo perdió su punto de equilibrio y osciló. De fondo sonaba el murmullo ininteligible de un locutor de radio.

-¿La calle Peral? -repitió el tipo con un ladrido brusco. Uno de los clientes, el de pelo canoso y barba de días, miró apreciativamente a Sara con el único ojo sano que le quedaba. Preguntó si buscaba la barbería.

-¡No hombre, no! ¿No has oído que busca el número tres? -respondió su acompañante sin separar el cigarrillo de los labios.

-Busco el número tres -corroboró con cortesía.

-¿No es donde vive el músico? -preguntó de nuevo el canoso.

-Eso parece -al camarero se le cayó el palillo de la boca al terminar la frase. No se percató de la tristeza que se dibujó en los ojos de la desconocida.

-Busco la casa del músico. ¿Pueden indicarme cómo llegar hasta allí en coche?

El camarero asintió secamente mientras se deslizaba como una anguila hacia la puerta de la calle, la cortina de cuentas rojas repiqueteó entre sus dedos. Ella lo siguió en silencio.

-Tiene que coger esa calle de la derecha, ¿la ve? -Sara asintió-. Pues la coge y sigue todo recto hasta que llegue a una plaza pequeña con una fuente y cuatro calles más; entonces, sigue por la de la izquierda, que es la del Membrillo, y avanza hasta la tercera a la derecha. Esa es la del Peral, y la casa que busca es la tercera, está enfrente de una barbería y de una tienda de paños.

-Muchas gracias.

-Pero al músico no le encontrará allí. Se marchó hará un mes y lo último que supimos de él es que se había ido a Madrid, a curarse de una enfermedad.

-Gracias de todas formas.

El camarero asintió e iba a preguntarle si era familia de aquel maestro que tocaba la trompeta pero no tuvo tiempo de hacerlo porque la chica se acomodó con rapidez en el asiento delantero del coche mientras él permanecía en el umbral, hasta que la plaza quedó vacía de nuevo.

Juan leía *Los Duelistas* con las piernas estiradas sobre el sofá del salón. Al escuchar el motor de un coche que acababa de entrar en la calle desvió su atención y miró a través del cristal de la ventana. Vio pasar, con indecisa lentitud, el Opel de Javier y se alegró de que, después de todo, los médicos le hubieran dado el alta.

Dejó el libro sobre un cojín y se dispuso a saludar a su vecino, pero la voz quebradiza y ronca de su padre lo llamó desde el piso superior, donde se había recostado un rato para echar la siesta. Cuando se asomó al umbral del dormitorio en penumbra lo encontró colocándose una camisa a rayas, sucia y mal planchada, con la gastada etiqueta ondeando sobre su cuello.

-¡Papá! ¿Pero qué haces? ¿No ves que te la estás poniendo al revés?

El viejo Darío lo miró con el ceño fruncido y el rostro granate por el esfuerzo; parecía contrariado.

-No puedo, hijo. No puedo abrocharme estos botones.

-Así va a ser imposible. Trae, primero tienes que quitarte la camisa y darle la vuelta.

El anciano se abandonó en manos de Juan que, al quitarle la prenda, percibió un desagradable olor a sudor.

-Te traeré algo limpio.

-¡No, me gusta esta camisa! Me hace juego con los pantalones.

-¿Desde cuándo te preocupa ir conjuntado? No puedes salir con este olor, papá, los del pueblo no tienen la culpa de que te haya dado por dormir y comer con la misma ropa todos los días. No hay que castigarlos más de lo imprescindible. Si quieres, te buscaré una camiseta que sea parecida, la de rayas rojas y azules.

-¿Cuál? -Darío se quedó pensativo, tratando de recordar lo irrecordable.

-La que te regaló la prima Elisa por tu cumpleaños.

-No sé cuál dices, hijo, pero ¿por qué no puedo ponerme esta hoy?

-Porque está sucia. Espera, ahora vuelvo.

Bajó corriendo la escalera que daba a la cocina y echó la prenda al tambor de la lavadora para que hiciera compañía a unos cuantos calzoncillos. Después entró en el pequeño cuarto de baño, bajo el hueco de la escalera, donde se hallaba la bandeja de ropa limpia y planchada. Lourdes, la asistenta que venía los lunes, siempre la dejaba sobre la mesa de comer, a la vista de cualquiera que entrara en la casa, pero Juan se encargaba de guardarla después para evitar que su padre intentara venderla en la plaza o arrojarla a la leñera. La última vez, la había echado de nuevo a lavar utilizando detergente para suelos.

Buscó la camiseta de rayas azules y rojas entre el montón de prendas fragantes y la encontró debajo de todas ellas, descolorida. De nuevo en la estancia donde su padre lo esperaba, semidesnudo sobre la cama, se la tendió.

-Ten, ponte ésta, que también te hace juego con los pantalones.

Darío tomó la prenda sin rechistar y la desdobló torpemente.

-Papá... -el viejo no lo miraba, estaba enfrascado en la labor de meter el faldón de la camiseta dentro de los pantalones-. ¡Papá, escucha! Voy a salir un momento, voy a la casa de enfrente, a visitar a Javier.

-¿A quién?

-Al músico, a Javier.

-¡Ah, sí!

-¿Necesitas algo más?

-¿El café está hecho?

-Lo tienes caliente en la cafetera y la leche está en la nevera. Te he dejado encima de la mesa una cucharilla y la taza limpia que tienes que usar -aguardó a que su padre le respondiese, a que su mente confusa asintiera, pero el anciano se limitó a perder la mirada en el infinito-. ¿Me has entendido?

-Sí hijo, la cucharilla y la taza.

-Eso es. Bueno, hasta ahora. No salgas solo a la calle, que después no sabrás volver.

Juan echó una última mirada a Darío y le sonrió antes de decirle adiós con la mano. Bajó corriendo la escalera, salió a la calle, donde el sol aún lo quemaba todo, y echó un vistazo a su alrededor. Divisó el polvoriento Opel al fondo, aparcado junto a la casa de los Aguado, que se quedaba vacía durante casi todo el verano. Los hijos de doña Leonor Aguado venían en el mes de julio a llevársela a una playa levantina y no la devolvían hasta septiembre.

Le extrañó que su amigo no hubiera aparcado detrás del huerto, en la calle paralela, donde acostumbraba, pero pensó que tal vez hubiera traído bolsas, comida empaquetada, maletas o cualquier otro equipaje que fuera más cómodo introducir en la casa por la entrada principal. Cruzó la calle y se acercó a la puerta entornada. La empujó suavemente.

-¿Javier? ¿Estás ahí?... -nadie respondió pero escuchó pasos en el piso superior-. ¿Javier?

Los pasos se oyeron de nuevo, esta vez repiqueteaban sobre los peldaños de la escalera. Descendían.